



NACIONAL

Discursos de presentación *Julián Marías. La concordia sin acuerdo*



Fotos: David Mudarra

Javier Zarzalejos, Ernesto Baltar, José María Aznar y Álvaro Marías.

El miércoles 10 de noviembre de 2021 se presentó en Madrid –en el Salón de los Pasos Perdidos del **Senado de España**– la biografía “*Julián Marías. La concordia sin acuerdo*”, escrita por **Ernesto Baltar** y editada en nuestra colección **Gota a Gota**. Por el interés y **calidad de las intervenciones**, hemos reunido editadas en este Papel FAES las palabras pronunciadas por los cuatro intervinientes: **José María Aznar**, **Álvaro Marías**, **Javier Zarzalejos** y el propio autor.



Intervención de Javier Zarzalejos

Director de la Fundación FAES

Muy buenas tardes. Bienvenidos todos a este acto.

Nos honramos hoy con la presentación de una gran obra y lo hacemos además aquí en el Senado, en este Salón de Pasos Perdidos. En el Senado donde la figura que hoy nos reúne, Julián Marías, ejerció su magisterio cívico y ofreció una singular contribución a la política en un tiempo crucial para España. Queremos agradecer por tanto a la presidencia de la Cámara y a la Mesa el que nos haya cedido este salón para la realización de este acto.

Señor presidente de la Fundación, profesor Ernesto Baltar, profesor Álvaro Marías, a quien agradecemos muy especialmente que haya querido participar en este acto, autoridades, amigas y amigos:

Honran con su presencia hoy un acto en que, como digo, presentamos una biografía intelectual de Julián Marías, obra del profesor Baltar, con un título extraído de Marías que, a mi juicio, es el primer acierto de esta obra: *“Julián Marías, la concordia sin acuerdo”*.

Esta obra encabeza una nueva colección que la Fundación FAES dedica a la vida y a la obra intelectual de pensadores unidos por la ocupación compartida de pensar sobre y para la libertad

Esta obra encabeza una nueva colección que la Fundación FAES desarrollará y que se dedica a la vida y a la obra intelectual de pensadores unidos por la ocupación compartida de pensar sobre y para la libertad. La obra de pensadores españoles y extranjeros que ha recorrido esta colección y que marca hitos que también nosotros hemos de andar en ese esfuerzo siempre inacabado, siempre amenazado, aparentemente precario, que es el esfuerzo de hacer de la libertad la piedra angular de nuestra sociedad.

Se trata de una libertad que no es aspiración abstracta, sino el compromiso concreto con nuestro país y con nuestros ciudadanos. Marías hizo de la libertad para todos los españoles no solo un objeto de su reflexión, sino un compromiso firme por el que pagó un precio muy alto. Sabemos, sin embargo,



que, en la oscuridad, las virtudes destacan; aquella oscuridad –que como bien retrata en esta obra el profesor Baltar– fue particularmente densa y espesa para Julián Marías: la precariedad económica, la represalia política, la exclusión académica, la traición personal, la proscripción civil... Sobre este fondo de injusticia –que nos avergüenza– destacó un hombre, en el buen sentido de la palabra, bueno, decente e íntegro; un español apasionado y un liberal consecuente.

Marías, siguiendo el magisterio de Ortega, pero sin confundirse con él, conecta la reflexión filosófica española con la contemporaneidad de una filosofía europea hija, en buena medida, de las fracturas abiertas en la cultura occidental de ese periodo tan revelador y tan significativo como es el del paso del siglo XIX al XX.

Marías hizo de la libertad para todos los españoles no solo un objeto de su reflexión, sino un compromiso firme por el que pagó un precio muy alto



Marías reclama nuevas categorías para pensar la realidad, para dar cuenta de ella: la vida, la existencia, el tiempo son las que utiliza en un contexto intelectual en el que el “ser” es desplazado por la reflexión sobre el “devenir”, en el que la naturaleza –como expresión de lo acabado, de lo fijo, de lo hecho– queda desplazada por la reflexión sobre la existencia como un continuo hacerse del ser humano. Un ser proyectivo, forzosamente libre –nos señala Marías– condenado a decidir continuamente y a dar razón de sus decisiones para llevar una existencia auténtica.

Queridos amigos, queridas amigas:

En su discreción y en su medida, Julián Marías acumulaba una trayectoria vital que impresiona. Una juventud de privaciones que se ceban en su madre fallecida, en un estado de grave carencia que Marías, entonces poco más que un adolescente, no podía remediar; después su ilusión por la República... una ilusión en la promesa inicial de modernización y regeneración que tantos españoles buscaban en aquellos años, su admiración declarada por Julián Besteiro, su pronta apelación a acabar con el sufrimiento y con el derramamiento de sangre, cuando la República, transmutada ya en un régimen revolucionario, tiene perdida esa guerra de “justamente vencidos e injustamente vencedores”.

Vino después el vergonzoso ensañamiento sufrido desde la Dictadura, desde la Universidad y desde el integrismo religioso aferrado al tomismo excluyente de la época. Y así se comprende bien la ilusión de Marías ante lo que suponía el Concilio Vaticano II, que en aquella década se une a los signos de vitalidad y de transformación que empezaban a manifestarse en la sociedad española y que fueron determinantes para el éxito posterior de la Transición.

De Marías nos atrae su vivencia apasionada de la libertad, su integridad frente a esa doble moral tan frecuente en algunos intelectuales; nos inspira su rechazo insistente a la visión pesimista de España y de su historia, su rechazo a la excepcionalidad negativa, a una especie de incapacidad genética de los españoles para convivir y gobernarse; nos inspira sobre un europeísmo consciente y equilibrado; nos atrae esa proyección iberoamericana que tanto cultivó y que le lleva a definir a Europa y América

De Marías nos atrae esa proyección iberoamericana que tanto cultivó y que le lleva a definir a Europa y América como los dos lóbulos de Occidente, esa concepción del ámbito atlántico como un ámbito cultural y civilizacional único



como los dos lóbulos de Occidente, esa concepción del ámbito atlántico como un ámbito cultural y civilizacional único y llamado a estrechar su relación.

De Marías nos atrae, en definitiva, su vida, en la que nunca hizo ostentación de las dificultades que tuvo que superar; nos atraen todas esas dimensiones de su vida y de su obra que, en buena medida, también nos emplaza a asumir nuestras propias responsabilidades como ciudadanos en el hoy de España. Para nosotros, una parte de esa responsabilidad entendimos que consistía en hacer justicia, en saldar, aunque fuera en una cuantía mínima, la deuda que seguimos teniendo con Julián Marías, de manera que pudiéramos ofrecerlo a todos a través de esta magnífica obra del profesor Baltar.

Y cuando decimos a todos, recordamos a ese Marías que predicaba la necesidad del ‘hombre político’, a ese Marías ajeno a la lucha partidista y refractario a cualquier sectarismo, pero interesado y profundamente comprometido con la afirmación y con el fortalecimiento de las bases para la convivencia entre los españoles. Por eso nos hemos referido a Julián Marías con este título, elegido por el autor, ‘la concordia sin acuerdo’; es decir, el respeto y la voluntad de vivir juntos no a pesar de las discrepancias, sino precisamente gracias a la libertad para expresarlas.

Recordamos a ese Marías ajeno a la lucha partidista y refractario a cualquier sectarismo, pero interesado y profundamente comprometido con la afirmación y con el fortalecimiento de las bases para la convivencia entre los españoles



Julián Marías, un intelectual libre e independiente

Ernesto Baltar

Profesor de Filosofía (URJC) y autor de la biografía

Excelentísimo señor expresidente del Gobierno y presidente de la Fundación FAES, don José María Aznar; querido director de la Fundación FAES, don Javier Zarzalejos; querido don Álvaro Marías; señoras y señores, queridos amigos:

Muy buenas tardes y muchas gracias por su presencia. Quería agradecer en primer lugar al Senado por acoger la presentación del libro y a la Fundación FAES por poner en marcha esta colección de biografías intelectuales. También quería agradecer al profesor José Luis González Quirós, que fue quien pensó en mí para llevar adelante este proyecto, y a la familia de Julián Marías, por dar permiso para la reproducción de las fotografías que aparecen en el libro, a su hijo Álvaro Marías por estar aquí hoy y a su nieto Daniel, que me ha ayudado durante la elaboración del libro proporcionándome bibliografía y resolviéndome muchas dudas. También quiero agradecer al profesor Ignacio Sánchez Cámara por su apoyo.

En este libro, *Julián Marías: la concordia sin acuerdo*, he tratado de ofrecer una introducción a la figura y a la obra de Julián Marías, al menos en los que podrían ser sus aspectos más importantes. Aunque inevitablemente hayan quedado cosas fuera, espero que la selección de ideas y de acontecimientos ofrezca una perspectiva lo más amplia y adecuada posible de su vida y su pensamiento. Hay una parte más biográfica en el libro y otra más filosófica. He querido que el libro fuera lo más fiel posible a su visión de las cosas: lo que hizo, lo que le pasó y sobre todo cómo interpretó lo que le fue sucediendo. He dado prioridad por tanto a su propia perspectiva, a su mirada. Y si después de leer este libro hay personas que se interesan y se lanzan a leer la obra de Julián Marías, el objetivo estaría plenamente cumplido.

He querido que el libro fuera lo más fiel posible a su visión de las cosas: lo que hizo, lo que le pasó y sobre todo cómo interpretó lo que le fue sucediendo

Seguramente la mayoría de los españoles de cierta edad conocen a Julián Marías y lo han leído. Pero mi impresión es que



las generaciones más jóvenes no lo conocen, y creo que es bueno que pueda ser un referente más que puedan tener, tanto por sus ideas como por su comportamiento. No todo el mundo actúa de la misma manera ante las mismas circunstancias, y creo que es un deber de los que venimos después valorar y destacar a los mejores, a los que supieron estar en su sitio con dignidad y ensanchando la realidad, ejerciendo su libertad hasta los límites de lo posible, sin calcular los problemas que esta actitud de integridad moral les pudiera ocasionar. Además, su larga vida –más de 90 años– nos sirve para recorrer la historia de España en el siglo XX, de la que Marías ofreció un testimonio siempre reflexivo y cabal.

Se pueden destacar muchas virtudes y valores de la figura de Julián Marías. Fue sin duda un ejemplo de autenticidad y de fidelidad a su vocación (en su caso, fundamentalmente, la escritura y la filosofía). Por eso en él vida y pensamiento se funden y encajan perfectamente. Podemos destacar también su actitud constructiva y conciliadora, su optimismo, su discreción, su moderación, su prudencia. Hizo un esfuerzo constante por comprender la realidad desde el sentido común, abriendo los ojos y buscando relaciones entre las cosas: por eso elaboró una filosofía a la altura de los tiempos, abierta a las circunstancias, a los problemas del presente y a la realidad

Fue sin duda un ejemplo de autenticidad y de fidelidad a su vocación (en su caso, fundamentalmente, la escritura y la filosofía). Por eso en él vida y pensamiento se funden y encajan perfectamente



social de España y del mundo. Supo acercar la filosofía a un público amplio, con una escritura diáfana y un ensayismo claro, y por tanto contribuyó también a mejorar el nivel general de la sociedad española. Para él siempre había que intentar llevar la vida a su grado máximo de intensidad, y le parecía deshonroso arrastrar una existencia abúlica, rutinaria o superficial.

Fue un intelectual libre e independiente, que es algo que no suele estar muy bien visto, pues parece que uno se hace sospechoso a todos los demás. Nunca se dejó arrastrar por la corriente de la historia, por la inercia de las masas o por las conveniencias políticas de cada momento, sino que siempre quiso forjar su “visión responsable” de las cosas y darla a conocer en sus escritos, con valentía y honradez.

Permaneció firme en su defensa de las libertades, fiel a su talante liberal y coherente con su voluntad de comprensión de los demás. Superó con entereza y dignidad las dificultades que puso el azar en su camino y siguió adelante siempre con ilusión y con proyectos de futuro, sin perder nunca la esperanza ni el optimismo. Ejercía el liberalismo de una manera natural, y siempre defendía aquello que consideraba justo (“Por mí que no quede” era su lema). Destacó las raíces morales de la inteligencia y comprometió su vida en una apuesta inequívoca por la verdad. Para él “la forma suprema de inteligencia consiste en la apertura a la realidad, de modo que sea ella la que penetre en la mente e imponga su evidencia”, lo que incluye también “dejar ser a los demás, comprender realmente sus puntos de vista y admitir que puedan tener razón”.

Ejercía el liberalismo de una manera natural, y siempre defendía aquello que consideraba justo (“Por mí que no quede” era su lema). Destacó las raíces morales de la inteligencia y comprometió su vida en una apuesta inequívoca por la verdad

Perdonen que haga una referencia personal: yo no conocí personalmente a Julián Marías, pero fui prácticamente vecino suyo casi toda mi vida. Vivíamos unos portales más abajo, mi madre sigue viviendo allí en la calle Vallehermoso. Por supuesto sabía quién era, y antes de empezar la carrera de Filosofía leí su *Historia de la filosofía* y sus artículos sobre cine, que me gustaban mucho. Incluso fui a algunas de sus conferencias. Pero para mí era sobre todo esa persona sencilla a la que veíamos bajando y subiendo la acera de Vallehermoso con su maletín en la mano. No sabía entonces que muchos años después iba a estar en su casa con su nieto Daniel y su bisnieto, viendo la impresionante biblioteca, pilas y pilas de libros por todas las



habitaciones, que incluso levantabas una portada y allí estaba una dedicatoria de Martin Heidegger. A medida que he ido conociendo más de su vida y profundizando en su obra se ha ido agrandando su figura, y ahora ese hombre sencillo del maletín se me presenta un poco como uno de esos héroes anónimos de las películas de Frank Capra, con esa ingenuidad entusiasta del solitario que sigue fiel a sus principios aunque el mundo se ponga en contra y que en definitiva hace mejor la sociedad con su presencia. Espero que, como gran cinéfilo que era, no le molestase esta referencia a Frank Capra.

Julián Marías mostró siempre su repulsa por la politización de la vida cotidiana y su repugnancia por el sectarismo y el extremismo. Aunque le interesase la política en su sentido más noble, sabía que era algo secundario respecto a las cuestiones personales. En momentos especialmente complicados y decisivos de la historia de España, dio un paso al frente y puso al servicio de su patria su capacidad de buscar soluciones, siempre con un espíritu de concordia y con el objetivo de la reconciliación entre los españoles. Su colaboración con Julián Besteiro al final de la Guerra Civil y su participación pública y comprometida en la época de la Transición son buena muestra de ello. Como comentaba el otro día en la radio Adolfo Suárez Illana, Julián Marías fue el “mayor soporte intelectual” de su padre.

En cierto modo, Julián Marías supo dar voz a la inmensa mayoría de los españoles, que no nos sentimos adscritos a ninguna de las dos Españas. En la posguerra se esforzó por mantener la continuidad de la cultura española y de todo aquello que él consideraba más valioso: la filosofía de sus maestros de la Universidad de Madrid (sobre todo Ortega y Gasset, pero también Zubiri, Morente o Gaos), la Generación del 98 (especialmente Miguel de Unamuno, pero también Baroja, Valle-Inclán o Azorín), la literatura de las primeras décadas del siglo XX y las interpretaciones de la historia de España que había realizado Ramón Menéndez Pidal. A partir de los años sesenta se centró en lo que él llamaba la actividad prepolítica, dando conferencias y escribiendo artículos en los que difundía en la sociedad (y sobre todo entre los más jóvenes) las ideas que después acabarían fructificando en la Transición. Estando hoy aquí, por supuesto hay que recordar que fue senador por de-

En momentos especialmente complicados y decisivos de la historia de España, dio un paso al frente y puso al servicio de su patria su capacidad de buscar soluciones, siempre con un espíritu de concordia y con el objetivo de la reconciliación entre los españoles



La fórmula de la “concordia sin acuerdo” no se identifica con la uniformidad ni con la unanimidad, sino precisamente con la discusión y el debate racional. Por tanto, conviene no confundir la concordia con el acuerdo, ni el desacuerdo con la discordia

signación real, pero él consideraba que si había podido tener más influencia era como escritor de artículos, que eran leídos por la opinión pública y también por los políticos. Para quien quiera tener un conocimiento exacto y ponderado de lo que fue la Transición, una crónica de la intrahistoria de aquella época, tiene todos sus artículos recogidos en varios libros bajo el epígrafe general de *La España real*.

La fórmula de la “concordia sin acuerdo”, que es el subtítulo de su *Tratado sobre la convivencia*, no se identifica con la uniformidad ni con la unanimidad sino precisamente con la discusión y el debate racional. Por tanto, conviene no confundir la concordia con el acuerdo, ni el desacuerdo con la discordia. La discordia sería la negación de la convivencia, el no querer vivir con los que piensan distinto, y la convivencia debe consistir en vivir con los demás asumiendo las diferencias, las discrepancias y los conflictos. Lo que más le importaba a Marías, después de todo, era la dimensión personal de la realidad. Cada persona representa la grandeza de lo único, la dignidad de lo irrepetible.

Más de quince años después de su muerte, como indico al final del libro, tanto el pensamiento de Julián Marías como los eventos de su vida representan un testimonio ejemplar de veracidad y lucidez que puede seguir resultando inspirador y estimulante para todos los españoles, suministrando el valor cívico y la conciencia histórica que son necesarios para afrontar con ilusión las empresas del futuro.

Muchas gracias.



“Mi padre es filósofo”

Álvaro Marías

Músico. Catedrático del Real Conservatorio de Madrid

Debo iniciar estas palabras expresando mi alegría y mi gratitud por haber sido invitado a este acto de presentación de un nuevo y excelente libro dedicado a mi padre, un libro que supone una admirable introducción a la figura y a la obra, peligrosamente inabarcable, de Julián Marías. Es el libro de Ernesto Baltar una de las mejores cosas que puede ser un libro: un libro útil, extraordinariamente útil para quienes no conozcan, o conozcan superficialmente, su obra y su trayectoria vital. Sin duda es el caso de la inmensa mayoría de los jóvenes españoles.

Dice Ernesto Baltar que ha querido escribir un libro “desde dentro” del pensamiento de mi padre. Desde luego que lo ha conseguido, en primer lugar, en lo literario, puesto que ha acomodado de manera extraordinaria su prosa al estilo paterno. Su lectura me ha producido la siempre gozosa impresión –disfrutada diariamente durante medio siglo– de sentarme para comer en su mesa y disfrutar de su presencia, de su talento y de su

Es un libro útil, extraordinariamente útil para quienes no conozcan, o conozcan superficialmente, su obra y su trayectoria vital. Sin duda es el caso de la inmensa mayoría de los jóvenes españoles



bondad extraordinaria. Tanto es así, tan fielmente ha logrado Baltar remedar el estilo, la prosa clara, concisa, límpida y precisa de Marías, que en más de una ocasión me he parado a releer para asegurarme si había o no comillas en el texto, si se trataba de una cita o de una recreación. Su libro nace –él mismo lo dice– de una actitud de humildad, de servicio al lector, y posee en grado sumo una virtud importantísima: la de estimular el apetito de leer su obra, como aquellas quinas que todavía se anunciaban en los años de mi infancia.

Eso y no otra cosa es lo que interesaba a mi padre por encima de todo: ser leído, que su obra continuara siendo leída muchos años después de ser escrita, que su obra no quedara abandonada, acumulando polvo, en los anaqueles de las bibliotecas o arrumbada en las modernas y menos polvorientas baldas de la red.

Tan es fiel al estilo de Marías que incluso peca en algún momento de cierta candidez, pecado venial tratándose de mi padre, que siempre prefirió mil veces pecar de ingenuo que de receloso o desconfiado, cosa insólita si se tienen en cuenta las dificultades y obstáculos enormes de su biografía. Estoy pensando en el hecho de que, en su amor a la verdad, Baltar recoja un texto que creo tener la casi certeza de ser un malévolos infundio, relativo a su célebre tesis doctoral, acaso la única suspendida jamás a un doctorando por la Universidad Complutense de Madrid. Si Ernesto hubiera presenciado las emboscadas que yo le tendía a la hora de los postres, poniendo delante de sus ojos, sin previo aviso, muy complejos textos latinos, en mis años de estudiante de filología, no le cabría la menor duda de que decir de mi padre que sabía mal latín es algo que no puede ser tomado ni medio en serio. El infundio ni siquiera hace referencia a la tesis de mi padre, sino a una traducción por él hecha de “El conocimiento de Dios” del Padre Gratry publicada el año anterior al tristemente célebre “suspenso”, por Editorial Pegaso, en 1941, en cuya página 161 no quiso corregir a Gratra, como tampoco lo quiso corregir Xavier Zubiri, que acaso tampoco debía saber latín. Hecha esta mínima aclaración, a la que me sentía obligado, no me resta sino felicitar efusivamente al autor por su magnífico libro.

Soy consciente de que mi presencia “aquí y ahora” no se justifica por mi conocimiento, sin duda muy parcial, de la obra

No otra cosa es lo que interesaba a mi padre por encima de todo: ser leído, que su obra continuara siendo leída muchos años después de ser escrita, que no quedara abandonada en los anaqueles de las bibliotecas



de Marías y de que, si tengo el privilegio de participar en este foro se debe tan sólo a un feliz azar: ser hijo de Julián Marías. Por tanto, creo que debo situarme en eso, en mi relación filial con él, puesto que mi condición de músico y filólogo poca autoridad me concede para hacer otra cosa.

Había pensado, antes de venir, acogerme a lo menos arriesgado. Dada la exigencia que caracterizó a mi padre, siempre tengo el temor de que me dedique, allí donde esté, su insulto predilecto (“no seas majadero”) de modo que me curaré en salud leyéndoles un viejo artículo que me pidió hace ya un cuarto de siglo el diario *ABC*, del que era colaborador desde hacía muchos años. La premura era tal que tuve que ponerme a la máquina sin tiempo para pararme a pensar lo que iba a decir. Al día siguiente mi padre solicitó mi presencia (vivimos puerta con puerta durante muchos años) a la que acudí no sin cierto desasosiego. Por primera vez en su vida, me agradeció y felicitó muy efusivamente, como jamás lo había hecho ni lo iba a volver a hacer.

Voy a comenzar con la lectura de este texto y, si aún me queda algo de tiempo, me arriesgaré a contarles alguna de las cosas que decía mi padre a la hora de comer, comentarios informales y a veces políticamente incorrectísimos, cuyo destino era el ámbito privado y que no sé si haré bien en desvelar.

El artículo en cuestión, publicado por *ABC* el 4 de mayo de 1996 con motivo de la concesión de Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades, rezaba así:

“Mi padre es filósofo”

«Esta era la frase que yo espetaba ya con tres o cuatro años, cuando en el colegio me preguntaban qué era mi padre. Lo decía henchido de orgullo como un pavo y lo prefería, instintivamente, a la opción descafeinada que él mismo me había brindado: “Di, si no, que soy escritor”. Sabía que eso no era cosa corriente, sabía que mi padre no era corriente –muchos señores vetustos, que podían ser mis abuelos, me repetían obsesivamente “no sabes qué padre tienes”–, y comenzaba a

““Mi padre es filósofo’. Esta era la frase que yo espetaba ya con tres o cuatro años, cuando en el colegio me preguntaban qué era mi padre. Lo decía henchido de orgullo como un pavo y lo prefería, instintivamente, a la opción descafeinada que él mismo me había brindado: ‘Di, si no, que soy escritor’”



“Con qué santa paciencia, con qué elegancia ha sobrellevado el pasar en veinticuatro horas de ser considerado como un izquierdista peligroso a ser tratado como un señorón de derechas trasnochado, mientras él seguía imperturbable su faena adelante”

vislumbrar que, teniendo sus ventajas, no iba ser tan fácil ser hijo de un padre tan poco corriente, de un padre que no conducía, que no nadaba, que no se compraría una televisión, que viajaba constantemente al extranjero cuando no era habitual, que no tenía sueldo, que no iba a la oficina, que estaba en contra de Franco –y lo que era peor, todo el mundo lo sabía–, que no castigaba a sus hijos pero que no compraba bicicletas por las buenas notas, que era capaz de dejar resbalar su mirada por encima de unas cuantas matrículas de honor para conceder un “no está mal; podría estar mejor”. Un padre que no me iba a reír las gracias –al menos en mi presencia–, que no se iba a dejar influir por sus hijos –gran peligro de la clase intelectual– como no se dejaba influir por apenas ningún agente externo, se tratase de la filosofía, de la política de moda o de las idolatrías de las generaciones más jóvenes (durante años creí que de lo único de que había convencido a mi padre en mi vida era de que cambiara de marca de vino, y ahora dudo hasta eso). Un padre que me iba a dejar, mejor dicho, me iba a obligar, a hacer lo que me diera la gana, que no iba a darme pretextos para eludir mi propio destino o mi propia vocación: que no me iba a poner fácil el no llegar a ser yo mismo. Que ni siquiera iba a poner cara de espanto si le salía ¡un hijo flautista! Ante tan cruda coyuntura tan sólo me dijo, “si lo llegas a hacer muy bien, hasta con la cosa más rara –¡vaya si él lo sabía!– conseguirás ganarte la vida; lo malo es si lo haces sólo regular”. Y es que uno de los rasgos dominantes de su personalidad es la impermeabilidad, su asombrosa capacidad de resistencia. Sin ella sería incomprensible su trayectoria. Mi madre –su gran complementaria, en sentido noventayochista– solía hablar de su “epidermis de elefante”, gracias a la cual ha logrado sobrevivir sin que ninguna de las dos Españas le helara el corazón, sin perder la alegría, el optimismo y hasta una inexplicable dosis de ingenuidad. Lo que para cualquier humano habría sido insoportable no ha logrado restarle un minuto de alegría. Con qué santa paciencia, con qué elegancia ha sobrellevado el pasar en veinticuatro horas de ser considerado –a menudo por los que habían cambiado la camisa azul por la rosa roja, el brazo en alto por el puño cerrado– como un izquierdista peligroso a ser tratado como un señorón de derechas trasnochado, mientras él seguía imperturbable su faena adelante, sin enmendarse y sin mirarse la ropa, como los buenos toreros. A finales del franquismo un crí-



tico sevillano comparó el valor de mi padre, a la hora de decir lo que entonces nadie se atrevía a decir, con el de Juan Belmonte cuando agarró a un toro de Miura el cuerno por la mazorca. A él le gustó la comparación. Y es que, al margen de otras virtudes, mi padre es *–rara avis* entre la clase intelectual– un hombre extremadamente valiente, que considera que “una cierta dosis de valor” es condición imprescindible para vivir con dignidad. Con ochenta años, al volver un domingo de misa, un navajero intentó robarle la cartera. Ni que decir tiene que no se la robó; el ratero debe acordarse aún de tan bravío anciano. El que hasta hace muy pocos años, bien pasados los ochenta, mantuviera un ritmo de trabajo extenuador, y fuera capaz de marchar camino de las Américas, él solo, con un calendario de trabajo que derrotaría a un joven y un maletón auestas que baldaría a cualquiera, es buen reflejo de su temple humano. Contadas veces he visto a mi padre enfermo –su capacidad para no acatarrarse cuando toda la familia moquea es irritante–; jamás cansado; nunca agobiado por el trabajo ni apresurado por el ritmo de vida –es tan ordenado en el tiempo como desordenado en el espacio–; rara vez desanimado, no digamos deprimido.

No se piense, a raíz de lo dicho, en un “superhombre”, rígido ni obsesivo; menos aún en un intelectual engolado ni arrogante. Sí en un hombre infatigable y tenaz hasta la testarudez, que hace honor a su sangre aragonesa. Ha sido mi padre siempre hombre cordial, fiel hasta la muerte a sus principios, a sus ideas, a sus maestros –su fidelidad y respeto hacia Ortega creo que es algo único en la historia cultural española– y a sus muchos y excelentes amigos. Su veracidad extrema, su necesidad de decir las verdades contra viento y marea –“por mí que no quede”, es su lema–, lo ha llevado a traspasar mil veces los límites de la diplomacia y de la prudencia, pero nunca los de la elegancia, la generosidad y la bondad.

Es mi padre un hombre sencillo que gusta de la comida llana –churros para el desayuno, cocido madrileño, berenjenas rebozadas, bacalao, chocolate oscuro, son sus preferencias gastronómicas–, un ciudadano del mundo sin nada de cosmopolita, un europeo de España para el que, como para Ortega, “la gran delicia es rodar por los caminitos de Castilla”. Es también un

“Ha sido mi padre siempre hombre cordial, fiel hasta la muerte a sus principios, a sus ideas, a sus maestros –su fidelidad y respeto hacia Ortega creo que es algo único en la historia cultural española– y a sus muchos y excelentes amigos”



filósofo con los pies en el suelo, carente de la menor sombra de pedantería, que se pirra por el cine, que tiene más orgullo como fotógrafo que como pensador, al que entusiasma la poesía –aún es capaz de recitar centenares de versos en cuatro o cinco lenguas–, la novela, las novelas policiacas –¡Simenon!–, que no se pierde un museo o una iglesia, que lee infatigablemente por el mero placer de leer, con su ojo único de clarividencia ciclópea, hundido durante horas en su sillón de orejas. Es un hombre al que le interesan muy poco las cosas y mucho las personas: sus amigos y sus muchas y espléndidas amigas –la tertulia de los domingos, las largas caminatas sorianas o toledanas han sido los principales escenarios de su vida de gran conversador–. Un hombre que, a pesar de su asombroso ritmo de trabajo, no ha regateado el tiempo para degustar el pulso de la vida, para salvaguardar lo más valioso de ella, la intimidad; para vivir una vida con holgura, real, una vida irrenunciablemente humana. Decía Ortega que “la filosofía no sirve para nada... solamente para vivir”. La filosofía de Julián Marías –la filosofía de la razón vital– le ha servido para vivir una vida que es, en cierto modo, su gran obra de arte.

Su gran premio, infinitamente más valioso para él que aquellos “oficiales”, que recibe con tanta gratitud como escepticismo, es la creencia de que su pensamiento puede orientar a otras vidas –individuales y colectivas– para que lleguen a ser plenamente eso: vidas humanas.»

No sé si cuento con tiempo bastante para sacar del olvido un puñado de recuerdos que mi cabeza atesora y que, se lo prometo, afloran con pertinaz insistencia a mi memoria todas las mañanas, tras echarle un vistazo a la prensa. Está claro que en esta casa pueden encenderme el semáforo con que tiran de las riendas a los señores senadores con la mayor de las confianzas.

Uno de estos recuerdos, quizá de los más recurrentes de un tiempo a esta parte, era un comentario que hacía, muy de tarde en tarde, a los hijos: “No perdáis nunca de vista que los países, al igual que las personas, pueden volverse locos. Es algo que ha sucedido muchísimas veces a lo largo de la historia y que quizá estéis destinados a presenciar”.

“Decía Ortega que ‘la filosofía no sirve para nada... solamente para vivir’. La filosofía de Julián Marías –la filosofía de la razón vital– le ha servido para vivir una vida que es, en cierto modo, su gran obra de arte”



Hablando como hablo en esta ilustre casa, se me antoja que no estaría de más evocar algunas de las cosas que nos contaba cuando, después de asistir religiosamente a las sesiones en su calidad de “senador real” volvía a casa bastante aburrido y, a veces –cosa rara en él–, algo irritado o desazonado. Una noche llegó más animado y divertido que de costumbre, y, para decirlo en palabras de Valle-Inclán, “más jaquete que un ocho de Iturzaeta”, nos relató lo ocurrido: uno de los senadores había arremetido contra los “senadores reales”, que habían sido nombrados a dedo y no por plebiscito popular. Mi padre, cansado de la diatriba, se levantó y le dijo: “Sí, somos senadores reales, y nos llamamos así porque tenemos *realidad*, y porque votamos lo que nos da la *real gana*, y no lo que nos manda nuestro partido”.

Recuerdo también, de su breve paso por esta institución, que, a menudo, se desesperaba al reconocer, en políticos jóvenes, actitudes totalitarias. Decía entonces: “es que no han conocido otra cosa, se han criado a los pechos del franquismo y lo llevan en las venas, por mucho que su ideología pueda ser, al menos en apariencia, diametralmente opuesta a la del dictador. Se diría que este amamantarse a los pechos del franquismo no se acaba de superar, por muchos años que pasen”.

Otras noches comentaba, de vuelta del Senado, sobre los miembros de un renovado partido, hacia el cual era previsible, a mis ojos, que hubiera sentido gran simpatía: “Pero ¿de dónde ha salido esta gente? No me lo explico”.

Es bien conocida la verdadera obsesión de mi padre por la veracidad, a partir de la promesa que, siendo niño muy pequeño se hizo con su hermano de no mentir jamás, juramento que nunca traicionó. Eso, señores, suena muy bonito, pero en la práctica les aseguro que no lo es tanto y que nos ha supuesto a los miembros de la familia no pocos sofocones. Por poner un ejemplo, cuando mi hijo, todo ilusionado, le dijo a su abuelo: “mira, abuelo, he pintado una nave espacial”, mi padre se limitó a mirar de soslayo el garabato y decirle: “no se parece nada a una nave espacial”.

Al final de su vida me permití decirle en cierta ocasión que no debía escribir tanto sobre la verdad, que se estaba repitiendo. Me contestó tajante: “La falta de veracidad es, sin duda, lo más grave que está sucediendo en el mundo y es algo

Es bien conocida la verdadera obsesión de mi padre por la veracidad, a partir de la promesa que, siendo niño muy pequeño se hizo con su hermano de no mentir jamás, juramento que nunca traicionó



Gran amante de la libertad consiguió, a lo largo y a lo ancho de su existencia, ser asombrosamente libre. Defendió durante toda su vida la libertad contra viento y marea

que va a tener consecuencias nefastas. Nunca hablaré demasiado sobre eso”. Vive Dios que el tiempo le dio la razón.

Por aquellos días, ante un político emergente, entonces apenas conocido, al que había tomado una gran tirria, cuando le embromaba diciéndole: “Qué maniático estás, es evidente que no tiene muchas luces, que es un ‘panoli’, pero no parece mal bicho”, me atajaba rotundo: “Cada vez que abre la boca es para decir una mentira. Es peligrosísimo. Si logra medrar, será funesto”. Afortunadamente no tuvo tiempo sino de entreverlo.

Gran amante de la libertad consiguió, a lo largo y a lo ancho de su existencia, ser asombrosamente libre. Defendió durante toda su vida la libertad contra viento y marea. Cuando le preguntaba, de adolescente, cuál era su tendencia política, me contestaba: “soy liberal”. Yo me quedaba sorprendido: en el soporífero libro de texto de la asignatura “Formación del espíritu nacional”, que no me quedaba más remedio que estudiar, los liberales eran pintados como diablos a los que sólo les faltaba cuernos, rabo y tridente, y resultaba que mi padre era uno de ellos. No me quedaba satisfecho e insistía: “pero ¿eres de izquierdas o de derechas?”. Nunca obtuve respuesta, ni entonces ni después: “eso de izquierdas y derechas es una estupidez”, le he oído repetir una y mil veces: “es algo que carece de contenido, que no significa nada; son conceptos vacíos que no se corresponden con la realidad”. Efectivamente, me quedé sin saber si era de izquierdas o de derechas y, aún hoy, no lo sabría decir.

Por último, me gustaría poner fin a estas palabras con un recuerdo que quiero transmitir al público joven, suponiendo que aquí lo tengamos: solía decir que, durante la juventud, era importante hacer “acopio de alegría, acumular alegría suficiente para el resto de la vida”. Siempre me resultó sorprendente en él, que nunca habló a sus hijos de seguridad económica, y menos aún de ahorro, inversión, capital, intereses, que hablara y defendiera esta singular suerte de ahorro vital, esta especie de hucha, de alcancía en la que, pensando en el futuro con la prudencia previsor de la hormiga de la fábula, se acumulara, no pesetas, ni euros, ni acciones ni bienes inmuebles, sino algo que le resultaba más importante e imprescindible: alegría.



Julián Marías, un español libre

José María Aznar

Presidente de la Fundación FAES. Expresidente del Gobierno

Queridos amigos, bienvenidos a este acto. Os agradezco a todos vuestra asistencia a la presentación del libro con el que la Fundación FAES, a través del sello editorial *Gota a Gota*, inaugura su nueva “Colección de Biografías Intelectuales”.

Hemos querido dar continuidad a nuestra serie de biografías políticas prolongándola con una nueva, centrada en figuras relevantes del panorama intelectual vinculado al mundo liberal-conservador, entendido de la forma más amplia.

Para mí es una gran satisfacción que sea precisamente un volumen dedicado a la vida y el pensamiento de Julián Marías el que sirva de pórtico a la nueva colección. Sus libros me han acompañado desde hace mucho tiempo. Los considero una clave funda-

Julián Marías, en compañía de Pedro Laín Entralgo, fue la primera persona a quien quise invitar al Palacio de la Moncloa, y en 2001 el Gobierno quiso reconocer la trayectoria de toda una vida concediéndole la Medalla de Oro al Mérito en el Trabajo



mental en la interpretación de nuestra historia, desde sus acontecimientos más traumáticos hasta la promulgación de la Constitución que supuso la “devolución de España a los españoles”, en afortunada expresión suya.

Tuve la fortuna, a diferencia del autor, de conocerle personalmente. En 1987 la Junta de Castilla y León, que yo presidía, le concedió su Premio de las Letras. El acto se celebró un 23 de abril, día de Cervantes, en la iglesia de Santo Tomás de Ávila. Más tarde tuvo la generosidad de recordarlo en una página de sus memorias cuya cita me permitiréis:

“Pronuncié un breve discurso en nombre de los premiados, y el Presidente de la Junta, José M^a. Aznar, hizo uno excelente y sin la menor concesión política, con conocimiento de lo que decía y sin ningún intento de aprovechar la ocasión. Fue todo de perfecta dignidad castellana”.

Ya en el Gobierno de España, Julián Marías, en compañía de Pedro Laín Entralgo, fue la primera persona a quien quise invitar al Palacio de la Moncloa, y en 2001 el Gobierno quiso reconocer la trayectoria de toda una vida concediéndole la Medalla de Oro al Mérito en el Trabajo.

Hoy hacemos algo más que presentar un libro. Celebramos un acto de homenaje y reivindicación tan merecido ahora como entonces. Postergado durante buena parte de su vida, Julián Marías sigue reclamando, ahora más que nunca, una atención que todavía se le regatea.

A pocas figuras españolas cumple de manera tan apropiada el calificativo de “intelectual”. En las antípodas de eso que llamamos “intelectual orgánico”, la vida y obra de Marías revelan al pensador auténtico; especie poco prolífica, incompatible con el compromiso impostado del *abajofirmante* de repertorio.

El libro que presentamos documenta una vida dedicada al “oficio del pensamiento” en circunstancias muy difíciles. Una trayectoria que evoca aquella observación de Samuel Johnson de que determinadas profesiones, la del soldado, la del marino, poseen la “dignidad del peligro”.

El respeto con que saludamos a los auténticos sabios no se basa en la dignidad del peligro que consiste en arriesgar la vida.

A pocas figuras españolas cumple de manera tan apropiada el calificativo de “intelectual”. En las antípodas de eso que llamamos “intelectual orgánico”, la vida y obra de Marías revelan al pensador auténtico; especie poco prolífica, incompatible con el compromiso impostado del abajofirmante de repertorio



Normalmente, cuando pedimos al sabio valor y ánimo, lo hacemos en otro sentido, que advertimos al descubrir la peculiar “dignidad de la ciencia”, esto es, la verdad. Le pedimos entonces al intelectual que no la traicione, por conveniencia o frivolidad.

Leer esta biografía es asistir a un ejemplo vivo de dignidad y respeto al valor de la verdad. Marías cuenta en sus memorias cómo, al cumplir seis años, él y su hermano mayor se prometieron, mutua y solemnemente, “no mentir nunca”. Una anécdota ingenuamente infantil que pudo ser emblema y cifra de toda una vida, porque Marías mantuvo su palabra hasta el último día de su vida. El respeto a la verdad y a la palabra dada eran para él indeclinables y no concebía su menoscabo en la esfera pública.

Recuerdo al respecto un artículo suyo, memorable, que tituló “Tribunal Constitucional: no salgo de mi asombro”. Comentaba la sentencia que en 1990 admitió en la fórmula de acatamiento a la Constitución la cláusula “por imperativo legal”. Fue cuando los electos de Herri Batasuna la usaron por primera vez en las Cortes.

El Tribunal había descrito el juramento o promesa como una “supervivencia de otros momentos culturales a los que era inherente el empleo de ritos como fuentes de creación de deberes jurídicos y de compromisos sobrenaturales”. Añadía que esto no era congruente “en un Estado democrático que relativiza las creencias y protege la libertad ideológica”.

Marías no dudó en rechazar la caracterización del juramento o la promesa como vestigios no vinculantes; recordó su presencia a lo largo de la historia de la civilización, y singularmente en las democracias más asentadas; adujo al ateo Nietzsche y su definición del hombre como “un animal que puede prometer”; enfatizó que “podemos prometer o jurar porque podemos enfrentarnos con la realidad y con nosotros mismos”; y concluyó advirtiendo sobre la necesidad de “establecer con pulcritud y rigor los límites de la democracia”, para no hacerla degenerar en “un sistema de opresión respaldado por los votos”, ya que aun siendo estos “lícitos y limpios, ninguna potestad puede ir más allá de lo que le pertenece”.

No voy a descubrir ahora las complicadas relaciones entre sinceridad y política. Pero sí me permito afirmar que, de todos los re-

Leer esta biografía es asistir a un ejemplo vivo de dignidad y respeto al valor de la verdad. El respeto a la verdad y a la palabra dada eran para él indeclinables y no concebía su menoscabo en la esfera pública



Quien definió la filosofía como “visión responsable” nunca dejó de hacerse cargo de su circunstancia nacional. Julián Marías ha sido uno de los españoles que mejor han dado “cuenta y razón” de la España del siglo XX

gímenes políticos, el democrático es el que más padece cuando se abusa de la mentira.

Cuando la sinceridad en política se percibe como un lujo, la democracia queda comprometida. Un régimen de opinión implica que cada uno diga lo que piensa: no siendo así, cualquier diálogo es imposible por principio.

Cuando en el debate político todo el mundo miente, se materializa el supuesto descrito por Kant: “una acción mala no es universalizable”. Se puede imaginar una conversación en la que todos dicen lo que piensan; pero en una donde todo el mundo miente, el engaño mismo resulta inconcebible.

El engaño solo es eficaz cuando es creído. Si se admite que todo el mundo miente, entonces mentir no tiene efecto alguno. En un ambiente así, a nadie puede atribuírsele astucia maquiavélica; la mentira inútil es un patético síntoma de pobreza de espíritu.

Nuestra democracia atraviesa una crisis de confianza por la reputación de mentira que mancilla la vida política. La agravación de ese clima desde el poder aboca a que los ciudadanos oscilen entre el enojo y el tedio y, al final, acaben siendo indiferentes. Esa indiferencia es un inmenso problema porque deja a la democracia indefensa.

Marías sabía esto y lo explicó muchas veces. Solía mencionar la cita de Fichte, recordada por Ortega, de que “la política consiste en ‘declarar lo que es’”. Y gustaba definir la retórica como “el arte de mover a los hombres sin profanarlos”. Nadie menos *posmoderno* que él; nadie más refractario a degradar la verdad en eso que ahora se llama *relato*.

Queridos amigos, en esta biografía de Ernesto Baltar se aborda una personalidad inagotable. Hoy me interesa resaltar su faceta de español que ejerció su ciudadanía como un deber. El que instaba a sustituir la inquietud del “qué va a pasar” por la tarea del “qué vamos a hacer”. Quien definió la filosofía como “visión responsable” nunca dejó de hacerse cargo de su circunstancia nacional. Julián Marías ha sido uno de los españoles que mejor han dado “cuenta y razón” de la España del siglo XX.



Al margen de adscripciones partidarias –liberal en el más amplio y ancho sentido de la palabra– nos ha dejado uno de los testimonios que mejor resisten el embate del tiempo acerca de la historia española reciente. Entre toda su producción, permítanme expresar una preferencia personal. Siempre vuelvo a las páginas de *España inteligible*. Allí encuentro el mejor retrato de España, que fue para Marías una “realidad personal”, con biografía propia; lo que llamó vida colectiva con argumento. Hoy sigue siendo un libro imprescindible. Y su evocación, más oportuna si cabe que nunca. Cuando la “cultura de la cancelación” amaga con reactualizar los mitos de la *leyenda negra*, cobran una especial vigencia las páginas del primer capítulo de ese libro memorable.

Bajo el título “La supuesta anormalidad de España”, Marías emprende allí la demolición de los cinco tópicos que le parecen más característicos de la ‘visión patológica’ de nuestra historia: la hipertrofia del ingrediente musulmán de nuestra identidad, frente a la presunta barbarie cristiana; el énfasis en el fanatismo religioso, inquisitorial, como peculiaridad nacional; el mito de la ‘destrucción de las Indias’ como calumnia de la obra española en América; la visión de la decadencia española como fatalidad consustancial a nuestro ser histórico; y la falsa idea del ‘mosaico’, según la cual, España no sería una nación, sino un mosaico o conglomerado de pueblos heterogéneos con pocos o ningún nexo en común.

Comprobaréis que en los días en que se derriban estatuas y se vociferan exigencias para hacerse perdonar una tarea civilizadora sin parangón, en esos mismos días en que se deforma la realidad nacional de España hablando de ‘plurinacionalidad’ y ‘España multinivel’, los textos de Marías son de una actualidad yo diría que urgente.

La afirmación de España como inventora de la Nación como forma política y social, “unidad proyectiva de convivencia”, y la preocupación concomitante por su desarticulación recorren buena parte de la obra de Marías y cristalizan en el libro que nos hizo “inteligible” nuestra condición de españoles.

La vida de Julián Marías se confunde en su trayectoria con la de nuestro itinerario nacional reciente. Alumno entusiasmado de una pléyade irreplicable de grandes maestros, el deslumbramiento de Ortega orienta su vocación en aquella Universidad que vivía su momento culminante en los albores republicanos.

En los días en que se derriban estatuas y se vociferan exigencias para hacerse perdonar una tarea civilizadora sin parangón, en esos mismos días en que se deforma la realidad nacional de España hablando de ‘plurinacionalidad’ y ‘España multinivel’, los textos de Marías son de una actualidad yo diría que urgente



Pronto se aborrascó el horizonte. Ortega lanza su programa de “rectificación de la República” ya en 1932. En 1934, revolución en Asturias y sedición en Cataluña. Marías es testigo del primer re-tratamiento de su maestro y de su decepción política.

En sus memorias relata una anécdota recogida en esta biografía. Toda la atmósfera de la ‘primavera trágica’ del 36 está en esa pincelada. Yendo en tranvía a la Ciudad Universitaria, ve subir a una mujer elegante y atractiva; en el mismo momento, sorprende en la mirada del conductor un significativo odio... un insuperable odio de clase. Su comentario: “Estamos perdidos. Cuando Marx puede más que las hormonas, no hay nada que hacer”.

Los análisis de Marías sobre el fracaso de la convivencia en el último periodo republicano, los procesos de polarización y la “politi-zación” extrema, que convierte a las personas en abstracciones, son un auténtico tratado sobre “cómo mueren las democracias”. Conservan una vigencia que recomienda su relectura.

Estalla la guerra civil y Marías adopta la posición que luego describiría en sus memorias: “Mi enemigo era la guerra, y por tanto los que la habían desencadenado, los que la querían, los que deseaban su prolongación”.

Combatiente republicano, aunque desarmado, sentía la evidencia de que la República “iba por mal camino, en manos de los que eran muy poco liberales”. Llevaba un ejemplar de la Constitución en el bolsillo de la guerrera, y recordaba: “yo había ido señalando en rojo los artículos que el Gobierno había violado; por aquellas fechas estaba ya llena de señales rojas”.

Los últimos compases de la guerra le encuentran en Madrid comprometido con el Consejo Nacional de Defensa, en compañía

Marías nunca pidió permiso para ser libre. Despojado de influencia y posición, más tarde pudo escribir de este período: “He gozado de la libertad que da el tener muy poco que perder”





de su admirado Besteiro. Marías será amanuense del Consejo, el redactor de sus manifiestos.

Termina la guerra con el resultado que él resumió en seis palabras: “los justamente vencidos; los injustamente vencedores”. Llegan para Marías tragos muy amargos: la delación calumniosa, la cárcel, el bochornoso episodio de su tesis doctoral suspendida y su exclusión de la vida docente. Sobre todo ello aporta detalles nuevos esta biografía.

España perdió un profesor, pero ganó al brillante ensayista que adoptó desde entonces como divisa para tiempos de censura: “la libertad que uno se toma”. Marías nunca pidió permiso para ser libre. Despojado de influencia y posición, más tarde pudo escribir de este período: “He gozado de la libertad que da el tener muy poco que perder”.

Durante el franquismo se atuvo a la misma pauta de higiene intelectual con que procedió después: “Cuando he escrito algo que iba a suscitar fuerte oposición por parte del Poder o de los grupos políticos próximos, he tenido cuidado de cargarme de razón, justificar lo que decía y usar buenas maneras. Cumplidas estas condiciones, he dicho lo que creía que debía decir”.

Nunca consintió la mutilación de su producción escrita. Lo que se le censuraba en España lo publicaba, íntegro, en América. Y algo más importante: fue siempre tan impermeable a la censura como a la autocensura, esa forma insidiosa de control, tan familiar en estos tiempos de “corrección política”.

Marías nunca fue *correcto*, porque fue siempre auténtico. De sus posiciones durante la guerra y la dictadura se destila un perfil de intelectual comprometido con la libertad incompatible con el discurso, las maneras y el estilo de tanto antifranquista sobrevenido.

Marías, que conoció por dentro las cárceles del franquismo, ilustra su concepto del acontecer histórico con aquel verso de Quevedo: “El tiempo que ni vuelve ni tropieza”. Esa imagen le sirvió para introducir la mejor descripción que yo conozco de medio siglo de historia española. Es del ensayo “*La guerra civil ¿cómo pudo ocurrir?*”, de 1980. Excuso la longitud de la cita en mérito de su precisión:

Nunca consintió la mutilación de su producción escrita. Lo que se le censuraba en España lo publicaba, íntegro, en América. Y algo más importante: fue siempre tan impermeable a la censura como a la autocensura



No fue un político, mucho menos un político de partido. Pero la política ocupó un lugar en su pensamiento y en su vida; sin excluir el comentario de la actualidad desde las páginas de los periódicos

“Varias generaciones nuevas han aflorado en nuestro escenario histórico; (...) han estado oyendo las viejas palabras de unos y otros, sin acabar de entenderlas, como algo que apenas tiene que ver con la realidad, como un rumor habitual y monótono que impide oír las voces que habría que escuchar. Así fue creciendo la distancia entre la España real y las dos Españas ‘oficiales’ congeladas, petrificadas en los gestos de la beligerancia. Esta es la situación actual; desde ella hay que volver nuevamente los ojos a la guerra, para recordarla –es decir, llevarla otra vez al corazón– como algo absolutamente pasado, como nuestro pretérito común. No podemos olvidarla, porque eso nos pondría a repetirla. Tenemos que ponerla en su lugar, es decir, detrás de nosotros, sin que sea un estorbo que nos impida vivir, esa operación que se ejecuta hacia adelante”.

Como “ni vuelve ni tropieza”, Marías advertía del peligro de violentar el tiempo histórico, haciéndole tropezar para que tartamudee lo que convenga a cualquier propósito sectario. Decía:

“Tenemos que eludir un último peligro: que nos vuelvan a contar la guerra desde la otra beligerancia, desde las otras mentiras, ahora que la mitad de ellas había perdido su eficacia y era inoperante. (...) Esta es nuestra empresa: darnos cuenta de que necesitamos vencer a la guerra”.

Desde estas premisas, con nula voluntad de reclutar su pensamiento para ninguna sigla partidaria, es fácil imaginar qué opinión le hubiera merecido la revisión ideológica del pasado con propósitos partidistas.

No fue un político, mucho menos un político de partido. Pero la política ocupó un lugar en su pensamiento y en su vida; sin excluir el comentario de la actualidad desde las páginas de los periódicos.

Como senador por designación real le debemos algunas correcciones de rumbo en el período constituyente y, gracias al ascendiente de su prestigio y al vigor de su pluma, el pulimento de artículo tan fundamental como el artículo segundo de la Constitución.

El volumen que recoge, bajo el título de *La España real*, en más de setecientas páginas, sus artículos de ese período, es una mina de buen sentido político. También es una fuente valiosísima de apreciación histórica sobre la Transición y de ponderado análisis sobre los presupuestos de nuestra convivencia democrática. En momentos de extrema postración anímica tras el fallecimiento de



su esposa, Marías dedicó muchas páginas a cumplir con lo que consideraba un deber hacia su país.

Ahí están, pidiendo a gritos una reedición, formulaciones muy vigentes, de extraordinaria actualidad, sobre la necesaria cualificación liberal de la democracia; el significado de las regiones, como sociedades “insertivas” en el torso nacional; la polémica sobre el valor del término “nacionalidades” mencionado en la Constitución; la inutilidad de “intentar contentar a los que nunca se van a contentar”; el sentido histórico y político de la Monarquía parlamentaria; la condición irrenunciablemente nacional de España como ente político, y su vocación europea y atlántica.

Julián Marías no abandonó, una vez culminada la obra constituyente, su preocupación por el rumbo político de la recién estrenada democracia. Siempre con altura, alertaba de peligros, señalaba errores, desvelaba fraudes y animaba esfuerzos en sus artículos que pueblan de talento y agudeza los volúmenes que los recopilan, mientras, paralelamente, seguía creciendo su obra estrictamente filosófica, tan rica en su tramo final.

¡Qué poco han envejecido esos textos! Recuerdo alguno, como el titulado “La tentación federal” que parece escrito hoy mismo. Decía:

“El federalismo es la integración en una federación de unidades soberanas; el sistema autonómico es la articulación de una nación unitaria en sus componentes, cada uno de los cuales puede tener un amplio repertorio de funciones, libertades y deberes, administrativos y políticos. (...) Acaba de lanzarse una “propuesta federal”. Por supuesto que se opone frontalmente a la Constitución, y lo más grave es que se añade –faltando a la verdad– que no habría que reformarla. Cuando alguien falta a la verdad se puede estar seguro de que quiere otra cosa de lo que dice. (...) En todo caso, hay que preguntarse perentoriamente si lo que se busca es la mejoría del conjunto y de cada una de sus partes, o la desarticulación de la estructura nacional de España”.

Queridos amigos, cualquier revisión de la vida y de la obra de Julián Marías delata una evidencia: quien renuncia al conformismo intelectual goza de mayor libertad de juicio que de movimientos. Por el contrario, quien renuncia a ser orientador para ser secuaz renuncia a su propia voz; será recitador o publicitario, pero nunca creador ni fiscal.

Marías nunca escribió una línea dictada por la conveniencia o la moda. No se dejó mecer por las olas. Su vida fue la vida de un es-

Julián Marías no abandonó, una vez culminada la obra constituyente, su preocupación por el rumbo político de la recién estrenada democracia. Siempre con altura, alertaba de peligros, señalaba errores, desvelaba fraudes y animaba esfuerzos en sus artículos



pañol libre que pensó hasta el final las cuestiones radicales de un tiempo que sigue siendo el nuestro. Eso es lo que encontrará el lector de este libro, a cuyo autor felicito porque ha hecho un gran trabajo.

Quiero señalar uno de sus aciertos. La elección del subtítulo: “La concordia sin acuerdo”. Lo es también de un libro de Marías, el “Tratado sobre la convivencia”. Allí vuelve sobre una de sus ideas favoritas: la convivencia social es convivencia de personas y grupos con diferencias, discrepancias y conflictos. La concordia depende de la tenaz voluntad de convivir, y su requisito principal es el respeto a la verdad y el contar con la realidad.

Permitidme para concluir unas palabras de nuestro biografiado. Aclaran el alcance de esta expresión, “concordia sin acuerdo” y creo que, como otras que he querido traer a colación, conviene tenerlas muy presentes:

“El remedio más enérgico y eficaz contra el espíritu de discordia no es la blandura, la contemporalización, el indiferentismo, los gatos pardos. Creo que se debe ser lo que se es, cuanto más plena y enérgicamente, mejor. (...) Las oposiciones políticas, sociales, económicas, ideológicas no deben borrarse ni disimularse, sino algo más fecundo: *ponerse a prueba*. ¿Cómo? Enfrentándolas con la realidad. Cuando se habla de las cosas, éstas imponen una amplísima zona de coincidencia. (...) La realidad económica, la convivencia internacional, las opiniones y los sentimientos efectivos de una nación (...), todo esto impone la evidencia de un torso de realidad incommovible, que puede verse de varias maneras, que tolera –y exige– diversas interpretaciones, sometidas a la norma unificante de lo que las cosas son. Cuando esto se hace, se reconocen y se admiten las diferencias y los conflictos. Cada fracción del cuerpo social tiene su parte de razón, que no se le debe quitar. Pero no se le debe dar la que no tiene; y ninguna tiene derecho a arrogarse la representación de la totalidad y descalificar a los discrepantes. El que quiere poder ganar, debe estar dispuesto a perder. El que hace el ensayo de su propia versión de las cosas tiene que estar dispuesto a que los demás lo hagan también. Cuando un sistema se afirma ‘para siempre’ y no admite ser reemplazado por otro es que ha sustituido la realidad por un esquema simplificado y abstracto, es que ha entronizado el espíritu de discordia. Y he dicho muchas veces –y volveré a decirlo– que, siendo tantas las cosas respetables, la más respetable de todas es la realidad”.

Marías nunca escribió una línea dictada por la conveniencia o la moda. No se dejó mecer por las olas. Su vida fue la vida de un español libre que pensó hasta el final las cuestiones radicales de un tiempo que sigue siendo el nuestro

faes
FUNDACIÓN

Suscripción a *Cuadernos de Pensamiento Político*:
<https://fundacionfaes.org/cuadernos-faes-de-pensamiento-politico-73/>
www.fundacionfaes.org

C/ Ruiz de Alarcón, 13. 2ª planta
28014 Madrid
Tif 915 766 857
info@fundacionfaes.org
fundacionfaes@fundacionfaes.org

DONACIONES

REDES SOCIALES

